

no serás peor con la tentacion, sino mejor, volviéndose toda en tu bien. Como si fueses tentado de lujuria ó de gula, que quites un poco de los regalos, y que te emplees más en los santos y piadosos ejercicios que acostumbrabas. Y si eres combatido de escaseza y de avaricia, que acrecientes las limosnas acostumbradas. Y si eres muy incitado á vanagloria, que tanto más te humilles en todo y por todo: y de esta manera por ventura temerá el demonio tentarte de ahí adelante, por no darte ocasion de buenas obras, siendo siempre su deseo que las hagas malas.

Mira que á ningun vicio tengas por ligero aunque sea pecado venial; porque dado que este tal no mate el alma, todavía apaga el ardor de la devocion, haciendo al hombre pesado y tibio para el bien, y oscureciendo el entendimiento para conocer á Dios; y poco á poco de pequeños pecados se pasa á los grandes. De manera que debes huir de todos los pecados, así veniales como mortales; si no puedes del todo desasirlos y arrancarlos de raíz, á lo ménos corta cada dia algun ramo del tronco vicioso, acrecentando alguna cosa las buenas costumbres. Guárdate de pensar que eres perfectamente justo, no haciendo á otros mal; mas conviene que hagas bien;

porque el Profeta que dice: *Apártate del mal*, añade luego: *y haz bien*. Por tanto puesta la diligencia que debes para desarraigat los vicios, no has de poner menos industria para plantar las virtudes. Nunca estés tan ocioso que no entiendas en alguna cosa provechosa, ni tan ocupado que no procures levantar tu corazon á Dios Nuestro Señor.

DE LA CONTRICION.

Para salir un alma de pecado, lo cual es una maravillosa transfiguracion de la fealdad de la culpa á la hermosura de la gracia, debemos acudir á la confesion sacramental, por la cual se obra esta milagrosa mudanza si se hace como conviene. Lo cual debemos procurar con toda diligencia, porque entre todos los males que ahora reinan en el pueblo cristiano, ninguno hay que merezca ser más llorado que el modo que tienen muchos cristianos de confesarse cuando lo manda la Iglesia. Porque dejando aparte aquellos que viven en temor de Dios y tienen cuenta con sus almas, los otros vemos cuán mal se preparan para este Sacramento, cuán sin arrepentimiento y sin examen de sus concien-

cias. De donde nace, que acabando de confesarse y comulgar, luégo vuelven á lo pasado, y que apenas se ha acabado la Semana Santa, cuando vuelven á caer en los mismos pecados.

Esto parece que es hacer escarnio de Dios y de la Iglesia y de sus misterios y Sacramentos, y andar cada año burlando de Dios, pidiendo perdon de las injurias hechas y protestando la enmienda de ellas, y volviendo la cabeza tornan á hacer otras mayores. El castigo que estos merecen es el que Dios les da, y es el mayor que se puede dar, que es dejarlos andar en este juego toda la vida hasta que llegue la muerte, donde les acaezca lo que suele acontecer á los que nunca hicieron verdadera penitencia, cuyo fin, como dice el Apóstol, será conforme sus obras, de las cuales nunca hicieron verdadera penitencia, sino falsa. Como el mismo Señor se queja por un Profeta diciendo: *No se convirtieron á mí con todo su corazon, sino con mentiras*. Llama aquí mentira aquella falsa penitencia y aparente que hicieron los tales, que parece penitencia y no lo es, con la cual no engañan á Dios, mas engañan al mundo y á sí mismos, pareciendo que hicieron penitencia, siendo todo fingimiento y mentira.

Pues si alguno desea de verdad convertirse á Dios, y de verdad hacer penitencia, debe de verdad arrepentirse de sus pecados con grande sentimiento y dolor, que es una parte principalísima de este Sacramento. Por lo cual el verdadero penitente debe trabajar con todo cuidado por alcanzar este dolor, haciendo lo que hacia aquel santo penitente que decia: *Revolveré, Señor, en mi memoria delante de Vos todos los años de mi vida con amargura de mi corazon*.

Mas este dolor y amargura es de dos maneras: uno se llama Atricion otro Contricion. La Atricion se dice un dolor de haber á Dios ofendido por las penas del infierno, ó por los males que causa el pecado, ó por su fealdad, ó por otro motivo semejante; el cual dolor, aunque es bueno y bastante, para que junto con la confesion de los pecados y absolucion del Sacerdote se nos dé la gracia, no es el más perfecto; y así hemos de procurar tener Contricion, que es un dolor sobre todos los dolores, de haber á Dios ofendido por ser él quien es, no por temor del infierno, sino por amor del mismo Dios, por haber agraviado á tan amoroso Padre y tan liberalísimo bienhechor nuestro, digno por sí mismo de ser amado de mil mundos.

Quien tiene este dolor no le pesa porque por sus pecados mereció el infierno y perdió el cielo con todos los otros bienes que con el pecado se pierden, sino porque por ellos perdió á Dios y le ofendió: y así como Dios merece ser amado y estimado sobre todas las cosas, así por lo que es en sí como por lo que es para nosotros, así es razon que sintamos haberlo perdido y ofendido sobre todas las cosas; porque la mayor de las ofensas pide el mayor de los sentimientos; y la mayor de las pérdidas, el mayor de los dolores.

Si deseas saber cómo podrás conseguir este dolor tan grande, pídelo á Dios de todo corazon, porque esa es obra y gracia suya, y aun es una de las mayores obras y gracias que nos puede dar; tanto, que en su manera, mayor obra es sacar un hombre de pecado que criar de nuevo un mundo. Así que suya es esta gracia, y á él la debes pedir con todo cuidado, y no dudes que te la dará; porque tiene dicho por un Profeta: Convertíos á mí, y yo me convertiré á vosotros; dando á entender que, si el hombre hiciere de su parte lo que debe, él hará tambien lo que es de la suya.

Mas aunque esta manera de compuncion sea una tan principal obra y gracia de Dios, debe el hombre disponerse para

ella, revolviendo en su corazon, y considerando algunas cosas que á esto le puedan mover. Y para mayor luz y doctrina señalaremos aquí algunas. Primeramente, puede mover á esto la consideracion de la grandeza de la Persona ofendida, que es Dios, cuya bondad, majestad, nobleza, misericordia, hermosura y sabiduría es tan grande, que aunque ninguna cosa hubiéramos recibido de él, ni esperáramos recibir, por sólo ser él quien es, merecia que, aunque el hombre tuviese más vidas que estrellas hay en el cielo y arenas en el mar, todas las ofreciese en sacrificio por él. De aquí verás cuánta razon tienes de dolerte por haberle ofendido; pues no solamente no te ofreciste en sacrificio por él, mas ántes tantas veces le crucificaste de nuevo, pues tantas, ó pocas menos, le ofendiste.

Puede tambien moverte á esto la consideracion de sus beneficios, que son sin número; porque si sabes bien echar la cuenta, hallarás que cuantos miembros y cabellos tienes son beneficios suyos, y cuantos puntos y momentos tienes de vida son beneficios suyos; y, finalmente, el pan que comes, el sol que te calienta, y el cielo que te recrea, con todo lo demas son beneficios suyos; y, para decirlo todo

en una palabra, todos los bienes y males del mundo son beneficios suyos; porque todos esos bienes crió para ti, y de todos esos males te libró, ó de la mayor parte de ellos. Pues ¿qué cosa más digna de ser sentida, que haber vivido con tan grande olvido y desconocimiento de un Señor, en cuyos brazos andabas, con cuyo espíritu vivias, cuyo sol te calentaba, cuya Providencia te regía, movía y conservaba? ¿Qué mayor maldad que haber perseverado tanto tiempo en ofender á quien perseveraba siempre en hacerte bien, y haber hecho tantos males contra quien te hacía tantos beneficios?

Pues ¿qué si consideras el infinito beneficio de la Redencion, y la infinita bondad de Dios, que resplandece en la sangre de Cristo derramada, y tú la has querido perder? Jesucristo te estimó tanto, que te compró con el precio de su vida y sangre; y tú tuviste por tan vil á tu alma, y al mismo Cristo Jesus, que sin porqué los vendes, y tornaste á crucificar, y acocceaste al Hijo de Dios, como habla San Pablo, y tuviste por sucia y abominable la sangre del Nuevo Testamento, en que fuiste santificado. Jesucristo dió su alma por ti; y tú, en vez de agradecimiento, diste tu alma al demonio, para que triun-

fara del premio de la sangre de Dios. Aquél, que es sumo bien, dió su vida porque le amases, y tú fuiste tan desconocido, que arriesgaste tu vida, no sólo la temporal, sino la eterna, por amar lo que es sumo mal; ¡y que, con todo eso, te haya Dios sufrido este tu descomedimiento y enormes maldades! ¿cómo no quedas atónito de tan estupenda bondad? Conoce por aquí quién es Dios, cuán infinitamente bueno y digno de ser amado, que no sólo ha sufrido una cosa tan maldita como tú eres; pero la ha hecho tantos y tan grandes beneficios; porque de todos ellos has de sacar motivos para conocer su bondad, y amarla con todo tu corazon.

Tambien nos debemos ayudar de los motivos de la atricion, que servirán para conocer la gravedad de la ofensa hecha contra tan buen Dios; como es la memoria de las penas del infierno, que son tan horribles; y de aquel juicio universal, que será tan rigoroso; y la del particular, y de nuestra muerte, que cada hora nos aguarda: y es razon que nos muevan á dolor y temor de nuestros males, pues cada cosa de éstas, por su parte, amenaza con tan grandes males al culpado, y de tanto más cerca, quanto menos puede quedarle de vida.

Considera tambien la multitud y grandeza y fealdad de tus pecados, y hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza, con una lengua tan suelta, unos ojos tan livianos, y un corazon tan desenfrenado, y una conciencia tan desbaratada, como si ningun conocimiento tuvieras de Dios. Pues quien halla dentro de sí un estrago tan grande, ¿cómo no llorará y gemirá de corazon? En estas y otras semejantes consideraciones debe el hombre ocupar sus pensamientos algun tiempo ántes que se confiese, para despertar en su alma este dolor; y debe leer y rezar algunas oraciones y salmos, que de esta materia tratan; porque haciendo él de su parte lo que buenamente puede, el Señor haga lo que es de la suya.

DE ALGUNOS SACRILEGIOS QUE SE SUELEN HACER EN LAS CONFESIONES.

Para que se reciba con provecho el Sacramento de la Penitencia, conviene que se adviertan algunos casos, en los cuales las confesiones hechas no son válidas, ántes es necesario repetirlas de nuevo, sopena de pecado mortal; porque el demonio, que desea siempre nuestro daño,

del mismo antídoto procura hacer mortal ponzoña, y echa veneno en la fuente de la salud.

Los casos comunes en que se hace nuevo pecado mortal, por confesarse mal los pecados, de manera que se han de confesar otra vez, son los siguientes:

Quando á sabiendas se calla algun pecado mortal en la confesion, ó que se piensa, que lo es.

Quando se confesaron pecados mortales sin dolor de haberlos cometido.

Quando se confesaron pecados mortales, sin tener propósito de no tornarlos á cometer.

Quando se mintió en la confesion en cosa de pecado mortal, ó que se pensaba lo era.

Quando se confiesa sin quitar la ocasion próxima de pecado mortal, pudiéndolo hacer fácilmente; porque este tal no tendrá propósito bastante.

Quando, siendo uno ignorante, busca tambien Confesor ignorante, para que no lo examine mucho.

Quando sin hacer exámen de su conciencia se confiesa; porque este tal no trae ánimo de confesar enteramente; si no es que lo excuse muy notable rudeza del penitente.

En todos estos casos es necesario repetir las confesiones hechas, porque son sacrilegios: de manera que no se perdona en ellas ningun pecado, sino se añade otro muy grande; y no puede uno llegar á comulgar; y si comulga con tales confesiones, hace un horrendo sacrilegio.

Y aunque todos estos casos son muy para temer, el más perjudicial suele ser, cuando el demonio mudo ata á uno la lengua, para que calle por vergüenza algun pecado mortal; lo cual es muy propio oficio de los espíritus de tinieblas; como fué revelado á un Padre de los antiguos, que vió al demonio andar muy solícito por los confesonarios, diciendo que restituía á los penitentes lo que les había quitado. Quítale la vergüenza al tiempo de pecar, para que pequen con mayor desenvoltura, y restitúyesela al tiempo de confesar, porque callen alguna culpa; pues una sola culpa mortal que callen por vergüenza, basta para que se queden con todas, y con otra más de sacrilegio, por haberla callado, comprendiéndoles lo que dice David: Porque callé se secaron mis huesos, aunque todo el día daba voces.

«Aquel calla, dice San Gregorio, y juntamente da voces, que calla los pecados que habia de manifestar en la confesion,

y con este silencio levanta nuevos clamores de pecados, como los de Sodoma, que piden á Dios nuevos castigos». «Una cosa, dice San Agustin, calla, y otra publica: calla en la confesion los pecados que habia de manifestar, y publica las excusas que habia de callar»; de donde procede, que los huesos se envejecen, porque el veneno del pecado callado penetra el corazon, y le consume la vida de la gracia, hasta que le quita el vigor para todo lo bueno. Y, aunque todo el día clame y dé voces á Dios con oraciones, ayunos y otras penitencias, no será oído; porque no clama como conviene quien calla el pecado.

Pues para que nadie tenga empacho de descubrir en la confesion todos sus pecados, por vergonzosos que sean, sepa, que fuera de estar el Confesor en lugar de Cristo, no puede descubrir, ni dar á entender á persona nacida, cosa de las que oyó en confesion, aunque importase el bien de todo el mundo. Son grandísimos los bienes que trae consigo el vencer esta vergüenza; porque primeramente nos libra de la confusion eterna que padeceremos el día del juicio, si ahora por vergüenza callamos los pecados; lo cual dice así San Agustin: ¡Ay de ti, porque te avergüenzas de confesar lo que no tuviste vergüenza

de hacer! Mejor te es padecer un poco de vergüenza delante de uno, que no el día del juicio delante de millares de hombres secarte de tristeza por verte afrentado, desechado y condenado.

Imagina, pues, que el Confesor es uno de los que se han de hallar en aquel juicio, y no te empaches de decirle con provecho lo que entónces ha de ser con tanto desprecio tuyo. Piensa tambien, dice este Santo, que el Sacerdote es un Angel de Dios, pues así le llama el Profeta Malaquías: como si hablaras con un Angel en la presencia de Dios, así descúbrelle las cosas más secretas de tu conciencia; no te corras de decir delante de un Angel, lo que quizá hiciste delante de muchos hombres, y en compañía de muchos.

De hombres es pecar, de cristianos cesar del pecado, y de demonios perseverar con ánimo obstinado; y esto atajas con la confesion del mal que has hecho: con esta vergüenza redimes tambien la vergüenza eterna que padecerás en el infierno por haber callado la culpa, y alcanzarás la honra eterna de que se goza en el cielo por haberla confesado. Con esto, dice San Clemente, exhortaba San Pedro á la confesion, diciendo: El que tiene cuidado de su alma, y se desliza en alguna culpa, no se

avergüence de confesarla al Sacerdote que preside, para que le cure y remedie; y así pueda librarse de las penas eternas, y alcanzar los premios celestiales.

Esto dice otro Doctor así: Si rehusas la confesion, considera dentro de tu corazon el fuego del infierno que se apaga con ella; y considerando la terribilidad del castigo, no dudarás de aceptar el remedio; y pues sabes que el remedio es la confesion, ¿por qué huyes de tomarle? Los brutos conocen con natural instinto las medicinas de sus dolencias y luégo las buscan. El ciervo herido de la saeta, busca la yerba dictamo con que ha de echar fuera el hierro. La golondrina viendo sus hijuelos ciegos, busca la celidonia para curarlos; y el pecador sabiendo que su remedio está en la confesion, ¿cómo ha de huir de ella?

Por ventura, ¿es mejor ser condenado encubriéndote, que ser absuelto manifestándote? Miserable de ti, que tienes más cuenta con la vergüenza que con la vida, y escoges la muerte por no manifestar la llaga vergonzosa al cirujano; y siendo tan vergozoso extiendes la frente para pecar, y encógesla para confesarte.

No des entrada á la vergüenza cuando te acarrea tanto daño, porque ella misma

te está diciendo: No repares en mí; mejor es que perezca yo, que no que mueras tú. Piérdase la honra temporal con tal que no se pierda la eterna. Si hubieses comido algun manjar venenoso que te fatiga el estómago y amenaza de muerte, y pudiendo vomitarle no lo hicieses por vergüenza de los que te miran, ¿no sería grande locura? ¿Pues cuánto mayor locura es, ya que has tragado el veneno del pecado, no trocarle por la confesion? Truécale confesándote al Sacerdote, y luégo quedarás quieto, sosegado y sano.

A todo esto añade ser cosa tan gloriosa vencer esta vergüenza, que esto mismo movió á Cristo Nuestro Señor para poner el precepto de la confesion en su Ley Evangélica, que es la Ley de perfeccion; en la cual nos descargó de los innumerables sacrificios muy cargosos y enfadosos que se ofrecian en la Ley vieja por los pecados, sin dar el perdon de ellos; y en su lugar puso uno sólo que nos fuese motivo de grande perfeccion, peleando contra la vergüenza y confusion humana, y triunfando de ella con la humildad de corazon; en cuyo premio nos levanta á la dignidad de hijos de Dios, y nos da la hermosura de la gracia, y en esta vida nos hace dignos de grande honra y gloria, y cumpliendo

los que confiesan enteramente lo que de Judas hijo de Jacob alaba la Sagrada Escritura diciendo: Confesaste y no te avergonzaste de ello, por eso te confesarán todos tus hermanos, porque no se avergonzó Judas de confesar su pecado por librar de la muerte á su nuera Tamar, por lo cual mereció ser alabado de sus hermanos, pues aunque fué flaco en hacer la culpa se mostró fuerte en vencer la vergüenza que padeció en manifestarla.

Pues de esta misma manera los que desean librar su alma de la sentencia de muerte á que está condenada, han de confesar sus pecados sin callar ninguno por vergüenza, aceptando el desprecio que por esto les viniere, conforme al dicho del Eclesiástico. Por la salud de tu alma, no te avergüences de confesar la verdad; porque hay una vergüenza que acarrea culpa, y otra que trae gloria y gracia; y tal es la que se padece en la confesion sacramental, con la cual granjeamos la gracia y amistad de Dios, y gloria y honra delante de los Angeles y de los cuerdos Confesores, mereciendo por ella ser alabados de todos. Por lo cual con mucha razon queriendo el Patriarca Jacob contar las grandezas de su hijo Judas, comenzó por esta de haber confesado su pecado, venciendo la vergüen-

za que suele impedirlo, diciendo que por esto sus hermanos le confesarían con confesion de alabanza; pues de verdad más honra de santidad gana el verdadero penitente, que con humildad confiesa su culpa, que perdió por haberla hecho; y la que perdió en hacerla se repara confesándola.

DE LO QUE SE PIERDE POR EL PECADO MORTAL Y DEL PROPÓSITO FIRME DE NO COMETERLE.

El que llega á confesar sus pecados, sepa que, fuera de decirlos todos y de tener pesar de haberlos cometido, ha de asentar en su corazon muy firme y determinado propósito de morir mil muertes si fuere necesario, ántes que hacer un pecado mortal. De manera, que así como una mujer noble y virtuosa está determinada de morir mil muertes ántes que hacer traicion á su marido, así el cristiano ha de ser tan fiel á Dios, que esté preparado á padecer cualquier detrimento de la vida, de la honra, de la fama, de la hacienda, por grande que sea, ántes que cometer esta manera de traicion contra el mismo Dios.

Por lo cual entre otras muchas cosas aprovechará el éntender lo que un hombre pierde por un pecado mortal, que es tanto, que quien con atencion lo considerare, no podrá dejar de espantarse viendo la facilidad con que los hombres cometen esta manera de pecados. Porque por cualquiera de ellos se pierde primeramente la gracia del Espíritu Santo, que es la mayor dádiva de cuantas Dios puede dar á una pura criatura en esta vida; porque no es otra cosa gracia, sino una forma sobrenatural que hace participante al hombre de la naturaleza divina, que en cierta manera es hacerle Dios.

Piérdese también la amistad con Dios, que anda siempre en compañía de la misma gracia; y si es mucho perder la de un príncipe de la tierra, bien se vé cuánto más será perder la del Rey de los cielos y tierra. Piérdense las virtudes infusas y Dones del Espíritu Santo, con los cuales está nuestra alma adornada en los ojos de Dios, armada y favorecida contra todo el poder de Satanás.

Piérdese el derecho del reino de los cielos, que también procede de esta misma gracia, porque por la gracia se da la gloria, como dice el Apóstol San Pablo:

Piérdese el espíritu de adopcion, que